





limosnas considerables á Palestina en el discurso de este siglo. Finalmente, el viaje de Pedro el Ermitaño, que tan gran resultado produjo, y las mismas Cruzadas, prueban hasta qué punto se ocupaba el mundo de aquella region lejana, donde se operara el misterio de su salvacion.

Jerusalém permaneció en manos de los príncipes franceses por espacio de ochenta y ocho años; y durante este periodo los historiadores de la coleccion *Gesta Dei per Francos*, no nos dejan ignorar circunstancia alguna relativa á la Tierra-Santa. Benjamin de Tudela se trasladó á Judea en 1173.

Cuando Saladino volvió á tomar á Jerusalém á los Cruzados, los sirios rescataron, mediante una suma considerable, la iglesia del Santo Sepúlcro; y, no obstante los peligros de tal empresa, los peregrinos continuaron visitando la Palestina.

Focas, en 1208; Villebrando de Oldemburgo, en 1211; Jacobo Vetraco ó de Vetri, en 1231, y Brocardo, religioso dominico, en 1283, reconocieron y consignaron en sus viajes todo lo que se había dicho antes de ellos acerca de los Santos-Lugares.

En el siglo xiv tenemos á Ludolfo, Maudville y Sanuto.

En el xv, á Breindebach, Tucher y Langi.

En el xvi, á Heyter, Salignac y Pascha.

En el xvii, á Cotavico, Nau y otros ciento.

En el xviii, á Maundrelle, Pooke, Shaw y Haselquist.

Todos estos viajes, que se multiplican hasta lo infinito, se repiten unos á otros, y confirman las tradiciones de Jerusalém del modo mas invariable y sorprendente.

En efecto, ¡cuán pasmoso cuerpo de pruebas! Los Apóstoles vieron á Jesucristo; conocian, pues, los lugares santificados por los pasos del Hijo del Hombre; transmiten esta tradicion á la primera Iglesia cristiana de la Judea; establécese la sucesion de los obispos y guárdase con esmero la sagrada tradicion; muéstrase Eusebio, y empieza la historia de los Santos-Lugares; Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, Egavro y San Gerónimo la continúan. Los peregrinos acuden de todas partes. Desde este momento hasta nuestros dias, una serie de viajes no interrumpidos, nos presenta por espacio de catorce siglos los mismos hechos y las mismas descripciones. ¿Qué tradicion se apoyó en tiempo alguno en tan gran número de testimonios? Si en esto se abrigasen dudas, preciso sería renunciar á dar asenso á algo; y nótese que he pasado por alto todos los datos que hubiera podido sacar de las Cruzadas. Pero añadiré á tantas pruebas históricas algunas consideraciones acerca de la naturaleza de las tradiciones religiosas, y sobre la localidad de Jerusalém.

Es cierto que los recuerdos religiosos no se pierden tan fácilmente como los puramente históricos, pues estos solo están confiados por lo regular á la memoria de un reducido número de hombres eruditos, que pueden olvidar la verdad ó disfrazarla segun sus pasiones; al paso que aquellos están entregados á todo un pueblo que los trasmite maquinalmente á sus hijos. Si el principio de la religion es severo, como en el Cristianismo; si la mas ligera involucionacion de un hecho ó de una idea se convierte en herejía, es probable que todo cuanto á esta religion atañe se conservará de edad en edad con rigurosa exactitud.

No ignoro que en el transcurso del tiempo una piedad exagerada, un celo mal entendido, una ignorancia propia del tiempo y de las clases inferiores de la sociedad, pueden sobrecargar un culto de tradiciones que no puedan resistir el exámen de una crítica ilustrada; pero el fondo de las cosas permanece siempre el mismo. Diez y ocho siglos, que indican de consuno en los mismos lugares las mismas tradiciones, no pueden engañar. Si algunos objetos de devocion se han multiplicado en demasia en Jerusalém, esto no es una

razon suficiente para rechazar lo demás como una impostura. No olvidemos por otra parte que el Cristianismo fue perseguido en su cuna, y que ha continuado casi siempre perseguido en Jerusalém; pero todos saben cuánta fidelidad reina entre unos hombres que padecen juntos; todo, entonces, se presenta como sagrado, y los restos de un mártir son mirados con mas respeto que la corona de un monarca. El niño que apenas sabe hablar, conoce ya estos restos; llevado, durante la noche, en brazos de su madre, á unos altares rodeados de peligros, oye unos cantos y ve unas lágrimas que graban para siempre en su tierna memoria unos objetos que nunca ya se borrarán de ella; y cuando debería ostentar únicamente la alegría, la expansion del alma y la ligereza de su edad, aprende á mostrarse circunspecto, juicioso y prudente, porque el infortunio es una vejez prematura.

Encuentro en Eusebio una prueba notable de esta veneracion á una santa reliquia, pues refiere que en su tiempo los cristianos de la Judea conservaban aun la silla de Santiago, hermano del Salvador, y primer obispo de Jerusalém. El mismo Gibbon no ha podido menos de reconocer la autenticidad de las tradiciones religiosas en Palestina: «*They fixed (christians dice, by unquestionable tradition, the scene of each memorable even.*» — «Fijaron (los cristianos), mediante una tradicion que no admite duda, la escena de cada acontecimiento memorable;» confesion de extraordinario peso en la pluma de un escritor tan instruido como el historiador inglés, y de un hombre, al mismo tiempo, tan poco favorable á la religion.

Por último, las tradiciones de lugares no se alteran como las de hechos, porque la faz de la tierra no cambia tan fácilmente como la de la sociedad. Esto es lo que con mucha razon observa D'Anville, en su excelente *Disertacion acerca de la antigua Jerusalem*: «Las circunstancias locales, dice, de las cuales decide la misma naturaleza, no toman parte alguna en las mudanzas que el tiempo y el furor de los hombres han podido producir en la ciudad de Jerusalém.» Así, pues, D'Anville halla con una sagacidad maravillosa todo el plano de la antigua Jerusalém en la nueva.

El teatro de la Pasion, estendiéndolo desde el monte de los Olivos hasta el Calvario, no ocupa mas de una legua de terreno; y, véase cuantas cosas pueden señalarse fácilmente en este reducido espacio! Hay desde luego una montaña llamada *el Monte de los olivos*, que domina la ciudad y el Templo, hácia el Oriente; esta montaña está allí, y no ha cambiado de lugar; hay un torrente Cedron; y este torrente es aun el único que pasa por Jerusalém; hay un lugar prominente, á la puerta de la antigua ciudad, donde se entregaba á muerte á los criminales; este lugar elevado se encuentra fácilmente entre el monte Sion y la puerta Judiciaria, de la que subsisten todavía algunos vestigios. Nadie puede desconocer á Sion, puesto que es la mas enhiesta colina de la ciudad. «Tenemos, dice nuestro gran geógrafo, certidumbre acerca de los límites de esta ciudad en la parte ocupada por Sion. Este es el lado que avanza mas hácia el Mediodía; y no solo está fijado de manera que no puede estenderse mas allá, por este lado, sino que el espacio de la estension que Jerusalém puede ganar en anchura, se halla determinado, por una parte por la pendiente ó declive de Sion, que mira al Poniente; y por otro, por su estrechidad opuesta al Cedron.» Todo este raciocinio es exacto, y pudiera decirse que D'Anville lo ha formado en presencia de los lugares.

El Gólgota era un pequeño grupo del monte Sion, al oriente de esta montaña y al occidente de la puerta de la ciudad; esta altura, donde descuella actualmente la iglesia de la Resurreccion, se distingue perfectamente todavía. Sabido es que Jesucristo fue enterado en un jardin al pié del Calvario; este jardin y la casa adyacente no pueden desaparecer al pié del Gól-

gota, montecillo cuya base no es bastante ancha para que un monumento se pierda en ella.

El monte de los Olivos y el torrente Cedron determinan luego el valle de Josafat; y este la posicion del Templo sobre el monte Moria. El Templo indica la puerta Triunfal y la casa de Herodes, que José coloca hácia el Oriente, en la parte baja de la ciudad y cerca del Templo. El pretorio de Pilatos estaba casi contiguo á la torre Antonia; y los cimientos de esta torre están patentes. Así, siendo conocidos el tribunal de Pilatos y el Calvario, se coloca fácilmente la última escena de la Pasion en el camino que conduce del uno al otro, sobre todo teniendo aun por testigo la puerta Judiciaria. Este camino es esa *Via dolorosa* tan célebre en todas las relaciones de los peregrinos.

Las acciones de Jesucristo, fuera de la ciudad santa, no están indicadas por los lugares con menos exactitud. El jardin de los Olivos, al otro lado del valle de Josafat y del torrente Cedron, se halla visiblemente hoy en la misma posicion que le fija el Evangelio.

Pudiera añadir muchos hechos, conjeturas y reflexiones, á todo lo que acabo de decir; pero es tiempo de poner término á esta introduccion, ya demasiado larga. Todó aquel que examine con buena fe las razones aducidas en esta Memoria, convendrá en que si hay alguna cosa satisfactoriamente probada en la tierra, esta cosa es la autenticidad de las tradiciones cristianas en Jerusalém.

## PRIMERA PARTE.

### VIAJE POR LA GRECIA.

El plan de los *Mártires* había sido interrumpido por mí; la mayor parte de los libros de esta obra estaban empezados, pero creí no debía darles la última mano antes de visitar el pais en que había colocado mi escena; otros encuentran recursos en sí mismos; yo necesito suplir lo que me falta con toda clase de trabajos. Así, pues, cuando no se halle en este *Itinerario* la descripción de estos ó aquellos lugares célebres, será preciso buscarla en los *Mártires*.

Agregábase otras consideraciones al principal motivo que me hacia abandonar de nuevo la Francia, despues de tantas escursiones: un viaje á Oriente completaba el círculo de los estudios que siempre me había propuesto acabar. Había contemplado en los desiertos de América los grandes monumentos de la naturaleza; y entre los los de hombres, solo conocia dos clases de antigüedades: la céltica y la romana; faltábame recorrer las ruinas de Atenas, de Memphis y de Cartago. Deseaba tambien hacer una peregrinacion á Jerusalém.

..... Qui devoto  
Il gran Sepolcro adora e scioglie il voto.

Estraño puede parecer hoy hablar de votos y de peregrinaciones; pero en esta materia no me ruborizo, y me he filiado há mucho tiempo entre los supersticiosos y los débiles. Seré tal vez el último francés que he salido de mi país para viajar por la Tierra-Santa con las ideas, el objeto y los sentimientos de un antiguo peregrino. Pero sino tengo las virtudes que brillaron en otro tiempo en los señores de Coucy, de Nesles, de Chastillon y de Monfort, á lo menos me queda su fe; y por esta señal pudiera aun hacerme reconocer entre los antiguos Cruzados.

Al abandonar segunda vez mi patria el 13 de julio de 1806, no temí volver la cabeza como el senescal de Champagne, señor de Joinville; casi extranjero en mi país, no dejaba á mi espalda ni un palacio ni una choza.

Conocia ya el camino desde París á Milan. En esta ciudad emprendí el de Venecia; y ví, casi como en el Milanesado, una fértil y monotoná laguna. Detúveme algunos instantes en los monumentos de Verona, de Vicenza y de Padua. Llegué á Venecia el 23, y examiné por espacio de cinco dias los restos de su pasada grandeza; fuéronme mostrados algunos buenos cuadros del Tintoreto, de Pablo Veronés y de su hermano, del Basan y del Ticiano. Busqué en una iglesia desierta el sepulcro de este pintor, y me costó algun trabajo hallarlo; lo mismo me había sucedido en Roma con el sepulcro del Taso. Las cenizas de un poeta religioso y desgraciado no están mal en una ermita; parece que el cantor de la *Jerusalém* se ha refugiado á aquella ignorada sepultura, como para sustraerse á la persecucion de los hombres: llena el mundo con su fama, y descansa desconocido á la sombra de los naranjos de San Onofre.

Salí de Venecia el 28, y me embarqué á las diez de la noche para trasladarme á tierra firme. El viento del Sudeste soplabá lo bastante para henchir la vela, pero no lo suficiente para agitar las olas. A medida que la barca se alejaba, veía perderse en el horizonte las luces de Venecia, y distinguía, á manera de manchas sobre las aguas, las diferentes sombras de las islas de que la playa está sembrada. Estas islas, en lugar de hallarse cubiertas de fortalezas y bastiones, están ocupadas por iglesias y monasterios. Las campanas de los hospicios y lazaretos se hacian oír, y reproducian ideas de calma y de socorro en medio del imperio de las tempestades y los peligros. Nos acercamos bastante á uno de aquellos asilos para entrever á los frailes que miraban pasar nuestra góndola: parecían unos viejos marineros que habían vuelto al puerto despues de largas travesías; tal vez bendecian al viajero, porque se acordaban de haber sido como él extranjeros en la tierra de Egipto: «*Fuistis enim et vos advenæ in terra Ægypti.*»

Antes de amanecer llegué á tierra firme, y tomé una silla de posta para trasladarme á Trieste. Yo me desvié de mi camino para ver á Aquilea, pues no sentí la tentacion de visitar la brecha por donde los godos y los hunnos penetraron en la patria de Horacio y de Virgilio, ni la de buscar las huellas de aquellos ejércitos que ejecutaban la venganza de Dios. Entré en Trieste el 29 á mediodía. Esta ciudad, regularmente construida, está situada bajo un cielo bastante hermoso y al pié de una cadena de montañas estériles; no posee monumento alguno. El último soplo de Italia espira en aquella playa, donde empieza la barbarie.

Mr. Seguier, cónsul de Francia en Trieste, tuvo la bondad de hacerme buscar un buque, y se halló uno próximo á darse á la vela para Esmirna; su capitán me tomó á bordo con mi criado. Convine con él en que me dejaría al paso en las costas de la Morea, para atravesar por tierra el Peloponeso; que el buque me esperaria algunos dias en la punta del Ática, y que, si pasados estos dias no me dejaba ver, proseguiría su navegacion.

Aparejamos el 1.º de agosto á la una de la tarde, pero al salir del puerto, el viento nos fue contrario. La Istria presentaba á lo largo del mar una costa baja, que se apoyaba en el interior en una cadena de montañas. El Mediterráneo, ocupando el centro de los países civilizados, sembrado de risueñas islas, bañando unas costas plantadas de mirtos, de palmeras y de olivos, ofrece desde luego la idea del mar en que nacieron Apolo, las Nereidas y Venus; mientras el Océano, teatro de las tempestades, y rodeado de tierras desconocidas, debía ser naturalmente la cuna de los fantasmas de la Escandinavia, ó el dominio de esos pueblos cristianos que se forman una idea tan imponente de la grandeza y la omnipotencia de Dios.

El 2 al mediodía, el viento se declaró favorable, pero las nubes que se apiñaban al Occidente nos anun-